



Diócesis de Getafe CATECUMENADO

PRIMER ANUNCIO Y CATECUMENADO

Conferencia Episcopal Española
Comunicación 6 de febrero de 2007

1.

Es necesario que al inicio de mis palabras exprese el agradecimiento debido a la subcomisión de Catequesis por haberme invitado a dirigirme a todos vosotros.

Yo no soy un “catequeta” o un “teólogo” e imagino que habrá bastantes entre vosotros. Además la institución del Catecumenado en la diócesis de Getafe tiene tan sólo un año de vida. Eso significa que la experiencia que podemos aportar a la reflexión del tema de estas jornadas es, en realidad, muy limitada.

2.

En la diócesis de Getafe, nos planteamos este asunto del primer anuncio en relación con el Catecumenado antes de su institución. Antes de que se llegase ese momento se estudió lo que se nos proponía, es decir, la naturaleza propia del catecumenado y cómo debíamos o podíamos desarrollar esta institución en nuestra Diócesis. Fruto de aquel trabajo de estudio, de reflexión y de consulta, nuestro obispo, D. Joaquín, aprobó un documento que tiene por título: ***Implantación del Catecumenado en la Diócesis de Getafe***. Y que lleva como subtítulo: ***Principios Generales y Criterios Pastorales***. El documento fue aprobado en el mismo decreto de instauración del Catecumenado.

Pues bien, ya en este documento, en el capítulo III, al describir los tiempos y los grados propios del itinerario del Catecumenado, en el epígrafe 2, que se titula ***“Tiempo del anuncio misionero y Precatecumenado”***, se dice lo siguiente:

“El tiempo del anuncio misionero se refiere a los inicios de la fe y es de gran importancia. En él “se anuncia abiertamente y con decisión al Dios vivo y a Jesucristo, enviado por él para salvar a todos los hombres, a fin de que los no cristianos, al disponerles el corazón el Espíritu Santo, crean y se conviertan libremente al Señor, y se unan con sinceridad a él”...

De esta acción evangelizadora se espera que, con el auxilio de Dios, broten la fe y la conversión inicial, y madure la voluntad de seguir a Cristo y de pedir el Bautismo. ...

La importancia del precatecumenado radica en el hecho de que sólo a partir de una fe inicial y de una primera conversión, y contando con la actitud interior del que cree, se puede desarrollar el catecumenado propiamente dicho, que es una etapa específicamente catequética.”

En estas palabras, que recogen literalmente otras del RICA (nº 9) en sus “Observaciones Previas” y que aluden también a las enseñanzas de otros documentos, se habla **1º**, de la necesidad de llevar a cabo un anuncio misionero. **2º**, Se habla de lo que se espera de él: una fe y una conversión iniciales. Y **3º**, se habla también de la importancia que esto tiene, como fundamento necesario sobre el que desarrollar el itinerario de fe del catecumenado, propiamente dicho.

Por lo tanto, el “precatecumenado” está pensado para provocar la fe inicial; y el “catecumenado” para desarrollar esta incipiente adhesión a Cristo, hasta llevarle a una verdadera, explícita y operante profesión de fe. Esta fe es meta de la catequesis y elemento interior del Bautismo, tal como enseña el *Directorio General de Catequesis*¹, y todos vosotros conocéis mejor que yo. Pero insisto en una cosa: la fe que es elemento interior del Sacramento y que ha de desarrollarse en el Catecumenado, es aquella que nace, que tiene su primer y único origen, en la primera conversión ante el anuncio del Evangelio. Primera conversión y fe inicial no significa una conversión definitiva o una fe acabada, pero es el principio de la existencia de una realidad nueva que es necesario hacer crecer. Y sin ella no hay nada. Sin fe inicial no hay progreso, ni itinerario, ni desarrollo catecumenal. Y si no hay esto, ¿habrá Bautismo?

El *Directorio General de Catequesis*, en el número 61, distingue entre el anuncio misionero y la catequesis, como no podría ser de otra forma. Pero a continuación, en el número 62, señala:

“En la práctica pastoral, sin embargo, las fronteras entre ambas acciones no son fácilmente delimitables. Frecuentemente, las personas que acceden a la catequesis necesitan, de hecho, una verdadera conversión. Por eso, la Iglesia desea que, ordinariamente, una primera etapa del proceso catequizador esté dedicada a asegurar la conversión. En la «misión ad gentes», esta tarea se realiza en el «precatecumenado»”.

Es decir, el Directorio insiste en la necesidad de asegurar la realidad de la fe inicial. Y después, el mismo Directorio aplica este esquema a la tarea de la “Nueva Evangelización” y explicita la importancia de esta catequesis que nosotros llamaremos misionera:

“Sólo a partir de la conversión, y contando con la actitud interior de «el que crea», la catequesis propiamente dicha podrá desarrollar su tarea específica de educación de la fe”.

Y termina así el número 62:

“El hecho de que la catequesis, en un primer momento, asuma estas tareas misioneras, no dispensa a una Iglesia particular de promover una intervención institucionalizada del primer anuncio, como la actuación más directa del mandato misionero de Jesús. La renovación catequética debe cimentarse sobre esta evangelización misionera previa”.

3.

Para subrayar más, si cabe, la necesidad del anuncio misionero y de la primera evangelización, cuando el citado documento de la diócesis de Getafe, en su segunda parte, describe la forma en como se ha de desarrollar el Catecumenado en sus distintas etapas, distingue dos momentos que corresponden a esta necesidad. Así, habla del **“tiempo del anuncio misionero”** (Págs. 61-63) y del **“tiempo del precatecumenado”** (Págs. 63-65). Y con esta distinción describe el proyecto de

¹ Cf. DGC 66

dos acciones: una, la de salir y proponer el evangelio en un diálogo misionero; otra la de prolongar esta propuesta de una forma más serena y pausada a quien le interese.

En la práctica, estas dos acciones permiten, eso es lo que esperamos, poner en marcha una acción propiamente misionera en toda la diócesis, una acción misionera que se sostenga en el transcurso de los años y que se repita en cada localidad de forma periódica. Eso por un lado.

Por otro, nos permite, y eso sí es ya una realidad, hacer un primer anuncio del evangelio y explicitar el anuncio de Jesucristo, con el fin de asegurar la fe inicial de todos los que son admitidos al Catecumenado.

No os voy a aburrir más detallando las acciones con las que pensamos llevar a cabo el primer anuncio, podéis leerlas en el documento adjunto a esta comunicación. No me detendré en ellas, sobre todo porque aún no son una realidad.

En lo que respecta a la catequesis del precatecumenado traeré unas palabras del cardenal Newman que rompan un poco la monotonía de este discurso. Es una cita un poco larga, porque es casi imposible entresacar una cita breve de Newman sin traicionarle. Estas son sus palabras:

“Un libertador de la humanidad por medio de la raza judía había sido prometido desde tiempo inmemorial. Llegó el día en que tenía que aparecer, y era esperado con ansiedad. Además hubo Uno que de hecho apareció en este tiempo en Palestina y pretendió ser el Libertador; dejó la tierra sin que aparentemente hubiera hecho gran cosa en lo que se refiere al objeto de su venida; pero después que se fue, sus discípulos tomaron entre sí el oficio de ir a predicar a todas las partes del mundo con el fin de predicarle a él y de hacer conversos en su nombre. Después de poco tiempo vemos que tienen un éxito maravilloso. Grandes masas de hombres en diversos lugares profesan ser sus discípulos, le reconocen como rey, y van aumentando su número continuamente y penetrando en las poblaciones del imperio romano. A la larga llegan a convertir al mismo imperio. Todo esto son hechos históricos. Ahora queremos conocer otro hecho histórico, a saber, la causa de su conversión; en otras palabras, ¿cuál era la materia de esa predicación que fue tan efectiva? Si queremos creer lo que nos dicen los predicadores y sus conversos, la conversación es muy clara. Predicaban “a Cristo”; exhortaban a los hombres a creer, esperar y poner sus afectos en aquel Libertador que había venido y se había ido. El **instrumento moral** por el que los persuadían a hacer esto era la descripción de la vida, carácter, misión y poder de este Libertador, promesa de su invisible protección y presencia en este mundo y de la visión y goce de él en el venidero. Desde el principio hasta el fin la persona de Cristo es para los cristianos, como lo fue para Abraham, el centro y la plenitud de la dispensación. Como Abraham, **“vieron su día y se regocijaron”**.

... por medio de sus predicadores ha impreso una imagen o idea de sí mismo en la mente e cada uno de sus súbditos; y esta imagen, acariciada y adorada en mentes individuales, se convierte en un principio de asociación y en un lazo real que liga a estos diversos súbditos entre sí, y así, por estar unidos a esta imagen, quedan unidos en un cuerpo. Además esta imagen, que es **su vida moral después que han sido convertidos es también el instrumento original de su conversión**. Es la imagen de aquel que satisface la única gran necesidad de la naturaleza humana, el sanador de sus heridas, el médico del alma, la imagen que crea la fe y luego la premia.

...Era la idea de Cristo, no una corporación o una doctrina, lo que inspiró el celo... Y era la idea de Cristo lo que dio vida a la promesa de aquella eternidad que sin él sería en cualquier alma nada más que un peso intolerable”².

Es asombrosa la sintonía que hay entre este análisis de la expansión del cristianismo en los cuatro primeros siglos y las palabras del Catecismo de la Iglesia Católica a propósito del necesario cristocentrismo de la catequesis³. He traído estas palabras para justificar que la serie de catequesis que proponemos en el precatecumenado tienen un marcado acento cristocéntrico. En realidad no son más que la explanación de los misterios de la vida pública de Jesús y sobre todo de su pasión, muerte y resurrección.

Hay otro elemento fundamental de estas catequesis: el intento de poner a cada persona concreta a la que nos dirigimos frente a sí misma. Poner a un hombre concreto ante sí mismo no significa volverle hacia su soledad, hacia su sentimiento o a su juicio subjetivo, sino hacia el testimonio del único creador en su conciencia y hacia la radical necesidad del Salvador. El mismo Newman dirá al final de la obra que citábamos lo siguiente:

“El cristianismo se dirige, tanto por lo que toca a sus pruebas como a su contenido, a espíritus que se hallan en la condición normal de la naturaleza humana, o sea, que creen en un Dios y en un juicio futuro”⁴.

Para entender bien estas palabras es necesario seguir su discurso anterior a lo largo de más de 400 páginas, pero hay algo evidente: Para que el hombre descubra el valor de la Palabra hecha carne, es necesario que tenga en sí mismo el criterio objetivo que permite a una persona determinada reconocer la verdad y adherirse y entregarse a ella.

¿Qué criterio es ese? –Es la experiencia en sí mismo, la percepción real en sí, de una llamada que no puede ser confundida con las propias ideas, con los propios sentimientos o con las propias expectativas, con el propio “yo”, sino que se identifica con aquel que ve y acompaña en la soledad. Intento poner un ejemplo del Evangelio. Se trata del encuentro de Jesús con Natanael. San Juan hace notar que Natanael no es un hombre crédulo, no es un ingenuo y, desde luego, cuando se acerca por primera vez hasta Jesús, no tiene aparentemente una buena disposición: *Felipe se encuentra con Natanael y le dice: «Ese del que escribió Moisés en la Ley, y también los profetas, lo hemos encontrado: Jesús el hijo de José, el de Nazaret.» Le respondió Natanael: «¿De Nazaret puede haber cosa buena?» Le dice Felipe: «Ven y lo verás.»* (Jn 1, 45-46). Y a pesar de todo va con Felipe. Cuando ya está ante Jesús, se sigue mostrando como un hombre recto, no vulnerable al elogio: *Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño.» Le dice Natanael: «¿De qué me conoces?»* (Jn 1, 47-48a). Y, sin embargo, las siguientes palabras de Jesús tumban a Felipe y roban de él una confesión de fe: *«Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.» Le respondió Natanael: «Rabbi, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.»* (Jn 1, 48-49). Siempre me llamó la atención que la última respuesta de Natanael parece desproporcionada, subrayada por su aparente mala disposición. No se entiende una respuesta así simplemente porque Jesús mostrase que tenía conocimiento del lugar donde estaba Felipe. Sin embargo tienen todo el sentido si entendemos que Jesús se identifica con el testigo interior de su soledad, con aquel que le llamaba ya en el alma.

² J. H. Newman; *El Asentimiento Religioso*. Herder. Barcelona 19. Págs.: 398-400

³ Cf. CCE 425 - 427

⁴ *El Asentimiento Religioso*. Pág.: 420

Alcanzar este criterio no es fácil. Implica una posición moral que no siempre se da. Y lo que es más: no se puede forzar, es un acto libre, verdaderamente humano. Pero sin él el anuncio del Evangelio es superfluo.

4.

Pero hay algo a lo que aún no hemos aludido y que a mí me parece de suma importancia. Cuando el Catecumenado se plantea una acción específicamente misionera pone en evidencia dos principios fundamentales:

Primero pone en evidencia que la celebración del Bautismo hacia el que ordena, es un don de Dios. El Bautismo no es un derecho de la naturaleza humana, es una gracia ofrecida por Dios gratuitamente. El don de la filiación hacia la que conduce y que se lleva a cabo con la celebración de los Sacramentos de la Iniciación no se da por el simple desarrollo de los deseos o de las cualidades humanas. La novedad del Evangelio no pertenece a la persona en su desarrollo humano y religioso, es, por el contrario un don. Necesita ser anunciado, pedido, entregado y acogido.

No es de extrañar que en el documento de la Diócesis de Getafe, cuando describe los elementos que constituyen el catecumenado, señale que el primero de ellos es la iniciativa y el don de Dios.

Podríamos limitarnos a acoger las peticiones de bautismo que nos llegan e intentar darles una respuesta digna. Eso desde luego es necesario hacerlo. De hecho, es lo primero que estamos haciendo. Sin embargo tener en perspectiva el anuncio misionero hace que nos demos cuenta de que lo propio del mandato que hemos recibido de Dios no es simplemente reaccionar ante las expectativas del mundo y de nuestros contemporáneos, sino proponerles y ofrecerles aquella vida nueva, antes escondida, que ninguno de nosotros habría podido imaginar. Así nos vemos obligados a recordar que ante las peticiones espontáneas de Bautismo que llegan hasta nuestras parroquias estamos también obligados no a despachar un servicio religioso, sino a ofrecer el don de la vida nueva.

Si no lo hiciésemos así corremos el peligro de ir acomodando nuestra oferta a la perspectiva cada vez más inmanentista en la que el hombre de hoy es educado artificial y enfermizamente, hasta hacer el Bautismo insignificante y, por lo tanto, absolutamente prescindible.

El segundo principio que se pone en evidencia, en esta opción pastoral de llevar a cabo un anuncio misionero, va muy unido al anterior. Se trata de la unidad existente entre Fe y Bautismo, entre anuncio del Evangelio y Bautismo. Estas realidades están vinculadas intrínsecamente. Lo están desde el mandato misionero de Jesús: “Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28,19-20). Es decir: bautizar y hacer discípulos, bautizar y enseñar. Están unidos por la práctica de la Iglesia, desde el primer instante de su acción, tal como recoge el libro de los Hechos de los Apóstoles, que después de la predicación de Pedro, el día de Pentecostés, fueron bautizados aquellos que acogieron el anuncio del Evangelio (Cf. Hch 2). Y podríamos hacer un repaso por todos los documentos magisteriales, pero no es el momento. **Sólo decir que si permitimos que fe y bautismo anden separados, que bautismo no implique aceptación, adhesión y entrega libre a Cristo, que no implique una fe verdadera en la**

Trinidad y en su revelación, estaremos haciendo un flaco servicio al Evangelio y a la caridad más elemental. En este tiempo, la caridad es la VERDAD.

Por el contrario el primer anuncio unido al catecumenado y a la celebración de los sacramentos de la Iniciación pone esta celebración en su lugar adecuado. El hombre es tomado realmente en serio, en la verdad que es y que desconoce, porque desconoce la novedad del Verbo hecho carne. La fe nace del testimonio del Evangelio, alentada y sostenida por la gracia de Dios; desarrollada en el seno de la Iglesia no como una clase, sino como el crecimiento de una realidad viva y operante. Y el Bautismo no es mera acción sacerdotal. Fe y Bautismo. Palabra y Sacramento. Ni una fe abandonada a su propia suerte, como pura decisión humana. Ni un Bautismo como rito cerrado en sí mismo. He aquí en esta unidad los tres elementos propios del Catecumenado: la oferta y la instrucción de la fe, la decisión vital y el don de Dios⁵.

Mantener la unidad de la acción misionera, del Catecumenado propiamente dicho y de la celebración de los sacramentos de la iniciación no es una cuestión de efectividad pastoral. No nos planteamos esto para conseguir unos números más abultados. Es una cuestión de fidelidad al Evangelio y a Cristo, en primer lugar y por encima de todo. Y también, además, de caridad verdadera con el hombre de hoy. Diría más: que el catecumenado se instaure en las diócesis correspondientes con esta visión unitaria, constituye un gran servicio a la misma comunidad eclesial y a sus pastores. Porque el catecumenado es el referente de todo proceso de iniciación catequético y litúrgico. Lo es en la teoría y habrá de serlo con el tiempo en la práctica, conforme se vaya consolidando. Y por lo tanto, conforme a lo que él es y a cómo se desarrolle, se podrá reflexionar y modelar el modo en como hoy se bautiza, se confirma y se admite a la celebración eucarística, y el modo y el estilo en que se imparte la catequesis.

5.

Creo que poner en evidencia estos dos principios: la iniciativa y el don de Dios, primero; y la unidad entre Fe y Bautismo, por otro, a través de una acción unitaria en el Catecumenado, acción conjunta que ya pide el Directorio General para la Catequesis⁶, tiene consecuencias de largo alcance para la pastoral de una parroquia y de una diócesis. Aunque eso sólo se irá despejando con el tiempo y, sin duda, no sin tensiones.

Esto es todo. Agradezco vuestra atención y espero haberme ajustado al tema del que se me pidió hablar y al tiempo que se me ha indicado.

⁵ Cf. J. Ratzinger. *Teoría de los Principios Teológicos*. Ed. Herder. Barcelona 1985; págs.: 39-42

⁶ Cf. n° 277

Documento Adjunto:

***Implantación del Catecumenado
en la Diócesis de Getafe***

(Págs.: 61-65):

Tiempo del Anuncio Misionero

“Se anuncia abiertamente y con decisión al Dios vivo y a Jesucristo, enviado por él para salvar a todos los hombres, a fin de que los no cristianos, al disponerles el corazón el Espíritu Santo, crean y se conviertan al Señor”

Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos 9

La Iglesia lleva a cabo el Anuncio del Evangelio con toda su vida. Y sostenido por esta vida multiforme, el catecumenado de la Diócesis de Getafe impulsará una nueva y concreta acción misionera, con la confianza de que el Espíritu Santo quiere mover los corazones de los hombres para atraerles hacia Jesucristo.

Por tanto, este anuncio explícito de Jesucristo como Salvador y Redentor del hombre y la invitación a la conversión y al seguimiento del Señor, queriendo ser un elemento nuevo al servicio del anuncio del Evangelio, se apoya en lo que ya es la oración cotidiana de muchos cristianos, en el testimonio diario que ofrecen, en el ejercicio de la caridad, en su testimonio profesional o familiar, o en la amistad que mantienen con otros muchos hombres...

En las parroquias donde ya se realice una acción propiamente misionera, por ejemplo a través de la acción de algún movimiento eclesial, asociación o grupo cristiano, no será necesario duplicar estas acciones. Y en el caso de que ya ofrezcan un itinerario adecuado de progreso en la fe a los que acogen el anuncio del Evangelio no habrá que imponerles nuevos esfuerzos. Sólo los no bautizados tendrán que realizar de forma obligada el itinerario completo que comenzamos a esbozar para poder recibir los sacramentos de la iniciación cristiana. En este sentido, la institución del catecumenado de la Diócesis de Getafe no quiere suplantar la acción misionera y evangelizadora de ninguna de las parroquias que la forman ni de los movimientos, órdenes o asociaciones de la Iglesia Católica que en ella viven y trabajan por la expansión del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, sino, bien al contrario, apoyarse en ellas para que el anuncio del Evangelio llegue a todos.

La acción misionera que promueve el catecumenado comenzará en el tiempo de Pascua. Y responsable de ella será, para cada sede local, el equipo local de catequistas, que lo impulsará y llevará a cabo en cada parroquia de forma periódica, conforme a sus posibilidades y a la conveniencia pastoral de las parroquias que conformen la sede local. Así, por ejemplo, si un equipo local de catequistas abarca seis parroquias podrá realizar el anuncio misionero cada año en dos de ellas, de forma que en cada una se realice este anuncio misionero cada tres años. Y si abarca una o dos parroquias puede realizar este anuncio cada año o cada dos años.

Al comenzar el tiempo de Pascua, se informa a la comunidad parroquial de lo que se quiere hacer y del sentido que tiene, precisamente en este tiempo de Pascua, en el que el Señor resucitado envía a sus discípulos a anunciar el Evangelio a todos los hombres y en el que la Iglesia renueva su confianza y ve reafirmada su libertad ante el mundo con la victoria sobre el pecado y sobre la muerte. Se informa, pues, a la comunidad parroquial y se pide la colaboración de todos los fieles para acercar el equipo de catequistas a cualquier conocido, familiar o amigo alejado de la vida de la Iglesia, bautizado o no, que pueda estar en buena disposición de acoger la llamada de Cristo. Se trata de una verdadera llamada a la misión de todos los fieles, para lo cual en cada parroquia se verá si conviene sencillamente exhortar a

todos en el marco de la liturgia propia de la Pascua, o si, además, se puede preparar alguna charla, conferencia, vigilia, o momento de oración, apropiado a este fin.

Es el momento de que todos los agentes de pastoral y todos los fieles hagan un esfuerzo por sondear la disponibilidad de todos los alejados con los que se puede tener algún tipo de contacto: padres de niños en edad catequética, los que se acercan por Caritas, enfermos, amigos y conocidos... Se trata ya de una labor de diálogo. Si muestran interés o cierta apertura, se intentará establecer una entrevista con el equipo de catequistas.

Por su lado, el equipo de catequistas recogerá también del despacho parroquial los teléfonos y direcciones de los que han pasado por la parroquia para bautizos, bodas, etc., pero que de hecho no participen en la vida parroquial. Y concertarán entrevistas con todos aquellos que se muestren dispuestos.

A las entrevistas personales no ha de ir el equipo entero de catequistas, sobre todo si es numeroso, bastará que vayan dos o tres del equipo. Y si es posible y parece conveniente, podrá acompañar aquel fiel que sirvió de enlace.

Estas entrevistas han de tomar la forma de conversaciones amistosas y se repetirán en función de la voluntad de nuestros interlocutores, intentando establecer con ellos un vínculo de verdadera amistad. El fin propio de estos encuentros es el primer anuncio del Evangelio. Para ello será útil proponer a nuestros interlocutores la reflexión sobre la verdad de sí mismos, sobre su destino, sus anhelos... Pero además, los catequistas, como verdaderos testigos de Cristo, han de ofrecer la propia experiencia cristiana, la del amor incondicional y gratuito de Dios, experiencia que da sentido global a la vida, como acontecimiento de gracia, que todo lo transforma. Es por tanto necesario anunciar ya aquí el amor de Cristo, manifestado en la cruz, y la victoria de su resurrección sobre la muerte y sobre cualquier límite humano. El testimonio personal del catequista es aquí semejante al de la samaritana: “Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho, ¿no será el Cristo?” (Jn 4, 29). Además han de proponer, con toda sencillez pero con confianza plena, un camino y un lugar, la comunidad eclesial, donde descubrir a Cristo, persona viva, y donde llevar a cabo la experiencia espiritual de que él es el Camino y la Verdad y la Vida que el alma necesita y anhela.

Es importante que este contacto no se pierda durante los meses de verano.

Y lo más importante será que el interés que mostremos por ellos no sea simplemente el de quien quiere cumplir el objetivo de un programa de trabajo, sino que nuestro interés sea el de Cristo, que ama de veras a todos. Sólo el vínculo de una verdadera caridad será eficaz para romper la dureza del espíritu alejado de Dios.

Tiempo del Precatecumenado

“En él tiene lugar la primera evangelización en orden a la conversión y se explicita el kerigma del primer anuncio”

Directorio General para la Catequesis 88

Al comenzar el curso, se programa para Octubre una serie de catequesis semanales a las que se invitará a todos aquellos con los que hemos mantenido alguna relación y algún diálogo, incluso a los que no han mostrado demasiado interés.

Se invitará a todos aquellos adultos que hayan pedido el Bautismo, a todos los adultos que hayan pedido completar su iniciación cristiana con el sacramento de la Confirmación y de la Eucaristía o a los que, habiendo recibido la Eucaristía, no fueron confirmados. También se invitará a todos los que se alejaron de la Iglesia tras recibir los sacramentos de iniciación y a todos los que tengan deseos de conocer a Cristo y a la Iglesia.

Se hará un anuncio público en las misas dominicales de las parroquias para que los fieles puedan conducir a esta serie de catequesis a todos aquellos alejados que lo deseen.

Las catequesis del precatecumenado irán desde el comienzo del curso hasta antes del inicio de la Cuaresma. Y responsables de ellas serán los equipos locales de catequistas en cada una de sus sedes.

La primera sesión de catequesis se ocupará, en gran medida, en una presentación general del grupo que asiste a la catequesis, de lo que se pretende en esta serie de catequesis y de cómo se trata de una serie de catequesis que concluirá antes de la próxima Cuaresma. Será oportuno, siempre que se pueda, que esta sesión la dirija directamente el delegado para el catecumenado, de forma que los asistentes puedan hacerse a la idea de la importancia que la Iglesia da al proceso que hoy inician.

Las catequesis tendrán lugar semanalmente, el día y a la hora que el equipo de catequistas, junto con el delegado, estime más conveniente.

Esta serie de catequesis buscarán mostrar el misterio de la persona de Cristo, que se manifiesta en sus obras y sus palabras y que ilumina el misterio de la vida y de la persona humana concreta. Serán, pues, catequesis decididamente cristocéntricas y tomarán como contenido fundamental los misterios centrales de la vida de Cristo. Se llevarán a cabo en un ambiente de oración y de testimonio, en el que los catequistas actualizan la Palabra de Dios, interpelando a los "simpatizantes" y esperando suscitar en ellos la fe.

Será responsabilidad del delegado para el catecumenado el proveer el material necesario para que los catequistas puedan dar una catequesis que se ajuste a lo ya dicho y que garantice la transmisión de la fe apostólica y la unidad de acción y de enseñanza en la Diócesis. Es importante que, al comenzar el curso y teniendo en cuenta el calendario, sobre todo la fecha de inicio de la Cuaresma, se prevea las fechas de cada una de las catequesis que se han de impartir.

El centro neurálgico de esta serie de catequesis serán los misterios de la muerte y resurrección de Jesucristo. Después de las catequesis que se dediquen a estos misterios centrales, puede programarse, dependiendo del tiempo del que se disponga de alguna celebración de la palabra en la que los "simpatizantes" puedan expresarse y comunicar su experiencia espiritual libremente.

Al acercarse la Cuaresma, y después de unas pocas catequesis que se centren en la muerte y resurrección de Jesucristo, es necesario retomar el discurso de Pedro en Pentecostés y suscitar aquella pregunta: "¿Qué hemos de hacer? -Convertíos y haceos bautizar." (Cf. Hch 2,37-38). Se plantea así la necesidad de una decisión que afecta a la vida y que consiste en hacerse cristiano, en seguir de manera efectiva a Jesucristo y de pedir, si es el caso, el Bautismo. Es necesario, pues, llegado este punto, plantear de forma personalizada, la necesidad de la conversión y del Bautismo. Si se está bautizado, los otros sacramentos de iniciación. Y, si ya se han recibido, hacer un proceso de renovación espiritual que permita hacer propio el don de Dios.

La expresión sincera de este deseo de seguir a Cristo, con la voluntad de corregir situaciones incompatibles con el Evangelio, será el criterio fundamental de discernimiento para que el "simpatizante", sea admitido como "catecúmeno". Será el equipo de catequistas, moderado y dirigido por el sacerdote del equipo, el que verifique estas disposiciones en los simpatizantes.